

Escultura de Olga Corrales (sin nombre)

Para realizar la consigna, se me ocurrió abordarla desde un punto de vista que destaque los aspectos positivos de los temas propuestos –ESI y memoria– e incluya, además, información que permita ampliar la mirada hacia aquellos aspectos que no suelen ocupar un lugar central en los relatos tradicionales, ofreciendo una aproximación diferente y más amplia al tema.

Un buen ejemplo de esto es la obra de la artista bahiense Olga Corrales, en el edificio ubicado en Rondeau y Tucumán, cuyo ingreso posee un espacio en el cual se ha colocado una escultura que muestra la figura de una mujer, generando un hecho artístico público que atrae la atención y produce distintas sensaciones entre la gente

que pasa por allí.
Esta obra, al igual que las demás de esta artista, no posee nombre.

Su autora, con varias obras realizadas en la ciudad, destaca la particularidad de esta obra como la primera escultura en la que utiliza acero inoxidable, lo cual la llevó a aprender a cortar y soldar un material al que define como “mucho más difícil de trabajar” que el acero común. Explicó, además, el sentido de este trabajo:

> *“Es una obra con mucha carga emocional, es parte de mi biografía. Simboliza la fortaleza y la sensibilidad de las niñas y las mujeres en el transcurso de nuestras vidas, que nunca perdimos y que mantenemos para levantarnos incluso bajo la violencia machista y el sistema patriarcal. Es una historia personal muy grande, eso es lo que busco transmitir”.*

Olga refirió que la figura se inspira en una vivencia de su infancia, cuando siendo una niña “muy pequeña e inocente” se escapaba a un baldío “que era como una selva” y podía oler las flores y explorar ese mundo. La escultura mide cinco metros y la mujer-niña está frente a una azucena, que muestra su color por las noches, con una colorida iluminación, y no tiene nombre.

> *“Me gusta jugar con el asombro que provoca, que cada persona pueda interpretarla a su manera. Es asumir que el arte es decorativo, pero además es un reflejo de la historia, de cosas que están ocurriendo”.*

Desde esta perspectiva, la escultura puede ser entendida no solamente como un elemento decorativo de la ciudad, sino también como una forma de expresión artística que permite recuperar una experiencia personal y transformarla en una obra accesible para toda la comunidad. Al estar ubicada en un espacio público, establece un vínculo cotidiano con quienes circulan por el lugar, incluso con personas que quizás no concurrirían específicamente a un museo o una exposición.

Las cosas que no se rompen

Los vecinos dicen que es una memoria
como la memoria de jugar en la tierra y del pantalón largo
antes del silbido en la plaza, antes de volver con miedo a casa.

Lo tierno, en la calle, necesita ser indestructible
debe ser material que no se fracture
para que lo tierno, por fin, sea lo perdurable.

Lo inocente, nunca se pierde, se transforma
se vuelve acero en una esquina de Bahía
como una flor que nunca se seca, como un poema de puño y letra.

Lo importante tal vez sea que no se olvide:
hay cosas que no se rompen aunque las pisen,
aunque las quieran marcar, aunque las quieran tapar.